

¿QUÉ DIOS Y QUÉ SALVACIÓN?

2ª edición

Enrique Martínez Lozano

claves para entender el cambio religioso

DESCLÉE DE BROUWER

Enrique Martínez Lozano

¿Qué Dios y qué salvación?

Claves para entender
el cambio religioso

2ª edición

Desclée De Brouwer

Índice

Introducción.....	11
1. La evolución de la conciencia: estadios y paradigmas	21
Pre-supuestos, paradigmas y búsqueda de la verdad ...	21
Estadios o niveles de conciencia	31
El horizonte transpersonal.....	48
Un “salto” de conciencia.....	58
Pre-modernidad, Modernidad, Postmodernidad.....	64
Postmodernidad, Nueva Era y Conciencia transpersonal	78
2. ¿Qué Dios?	89
Ante un cambio epocal	90
La “trampa” de la religión	96
Y “Dios” también ha evolucionado	114
Decir “Dios” en paradigmas diferentes.....	121
Espiritualidad: entre la deformación y la represión ...	130
Repercusiones en la expresión y vivencia de la fe.....	137
3. ¿Qué salvación?	157
¿Dónde estamos? Aclaraciones y presupuestos.....	157
Verdad, relatividad y relativismo	159
El modelo clásico de “salvación”	163
Una perspectiva psicoanalítica.....	168
El modelo clásico y el evangelio	171
Saltan las disonancias	179
... y las consecuencias	184

La cruz de Jesús: historia y significado	194
El cambio de paradigma	201
¿Qué es, pues, salvarse?	207
Epílogo: ¿Qué Iglesia y qué creyente?	219
Anexo: ¿Qué yo? Modalidades de la práctica meditativa	231
Oración profunda-afectiva.	236
Observar la mente	246
Observar el yo	248
Práctica interna	254
Práctica externa	257
Observar el cuerpo.	261
Abrirse a la Conciencia transpersonal.	262
Bibliografía	267

Introducción

*Cuando creíamos conocer las respuestas,
nos cambian la pregunta.*

¿Qué está ocurriendo en Occidente con Dios y con la Iglesia? El descenso imparable de la práctica religiosa, la disminución notable en el número de las vocaciones, la desafección palpable hacia las instituciones religiosas, la dificultad creciente de transmitir las creencias y los valores institucionales a las nuevas generaciones (fracaso en la socialización religiosa: catequesis, sacramentos de iniciación...), el aumento de la desconfianza e incluso el recelo ante la jerarquía eclesiástica (según encuestas recientes, en España, la Iglesia es la institución menos valorada por los jóvenes)... son factores que nos hablan a las claras de la decadencia de la religiosidad institucional.

Pues bien, según muchos responsables eclesiásticos, teólogos y estudiosos, para explicar el origen de este sombrío panorama, hay que referirse al *fenómeno de la secularización*, tal como se produjo en Europa, a partir ya del Renacimiento, agudizándose luego en la Modernidad y la Ilustración. La secularización puede entenderse como el proceso de independencia progresiva de los distintos ámbitos de la realidad frente a la tutela de la Iglesia. La realidad física (las ciencias naturales), social, política, económica, psicológica, moral fueron adquiriendo una autonomía creciente que, desgraciadamente, se realizó en un marco de polémica, descalificación mutua y enfrentamiento. La rebelión frente a la tutela anterior y la postura

ultra defensiva de la institución eclesiástica habrían de ser la matriz en la que se gestara la diferenciación. Y eso marcaría irremediabilmente la evolución futura.

Los estudiosos a los que me refería entienden que la salida de esta situación pasa por encontrar el lugar y el estatus de la religión en una sociedad *secularizada*. Así se suceden, desde hace ya décadas, los cursos y estudios sobre “Dios en una sociedad secular” o “religión y secularización”, en los que se buscan pistas que nos permitan comprender y “resolver” el impasse en que nos encontramos.

Pero, ¿es realmente la secularización la clave para comprender lo que estamos viviendo?

Más recientemente, se oyen voces de miembros de la jerarquía eclesiástica que no se refieren tanto a la secularización como a la “*cultura postmoderna*” para explicar los “males” que afligen a la religión institucional. Hasta el punto de afirmar que no se puede ser postmoderno y católico. Reaparece la actitud ultradefensiva, la misma que llevó a condenar la Modernidad, cuando el *Syllabus*, en 1894, afirmó tajantemente la incompatibilidad entre la Iglesia y la civilización moderna. De un modo similar, cien años después, desde una postura dogmática y autoritaria, sin un análisis matizado, sin ningún diálogo enriquecedor, se condena la postmodernidad. Una vez más con retraso, la religión institucional tiende a parapetarse en lo conocido, aunque para ello deba condenar todo lo emergente. Cuesta trabajo comprender que los autores de tales planteamientos no perciban que ése es justamente el modo más eficaz de conducir a la Iglesia al gueto, al ostracismo y a la irrelevancia cultural, con lo que vienen a conseguir exactamente aquello de lo que se lamentan.

Pero, más allá de esos planteamientos, ¿es realmente la cultura postmoderna la clave para comprender lo que estamos viviendo?

Resulta innegable, por obvio, el influjo de la secularización y de la postmodernidad: son la *atmósfera* en la que vivimos. Eso significa, ciertamente, que la cultura secular y postmoderna, con sus luces

y sus sombras, nos penetra de un modo tan inadvertido y tan eficaz como el aire que respiramos. Nos guste o no, constituyen nuestra “atmósfera cultural”. Pero, ¿y si no se tratara únicamente de esos factores? ¿Y si el cambio fuera de un calado todavía mucho más hondo de lo que pensábamos? Un cambio de tal magnitud que afectaría a los cimientos mismos de nuestro modo de conocer, de percibir, de expresarnos, de vivir...

Me refiero a un cambio de “nivel de conciencia”. Ello significaría que no nos hallamos *sólo* en una sociedad secular frente a una anterior sociedad religiosa; ni *sólo* en una cultura postmoderna frente a una anterior cultura moderna. Tal vez nos hallemos ante el umbral de un “salto de conciencia”, una *nueva conciencia* que cuestiona, en su raíz, nuestras respuestas habituales, incluso las más novedosas, a las cuestiones de siempre: ¿quién soy “yo”?, ¿qué es la realidad?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la humanidad?...

El término “conciencia”, en castellano, reviste dos acepciones más importantes: una *moral* –y hablamos entonces de un “juicio moral” sobre las acciones– y otra *cognoscitiva* –que hace referencia a un “modo de percibir”–. En esta segunda acepción, podría hablarse más propiamente de *consciencia* (*consciousness*), si bien el uso habitual prefiere el primer término. En cualquier caso, a lo largo de estas páginas, la palabra “conciencia” hay que tomarla en este segundo significado, como *modo de percepción* de la realidad. Así, podremos hablar de una “evolución de la conciencia”, tanto a nivel individual –un adulto percibe la realidad de un modo diferente al de un niño– como a nivel colectivo –una sociedad hortícola percibe la realidad de un modo diferente al de una sociedad postindustrial, por ejemplo–.

En todo caso, es necesario partir del reconocimiento de que la conciencia, como percepción de la realidad, no es algo estático, sino que comparte la condición evolutiva de todo lo real, de modo que podemos constatar diferentes niveles por los que históricamente ha ido atravesando. Así, los niveles de conciencia *mágico* y *mítico* han sido colectivamente superados; el *racional-egoico* está produciendo

una irremediable insatisfacción, a la vez que pone de manifiesto los límites estrechos de la mente y el callejón sin salida al que conduce. Y es ahí mismo donde se empieza a insinuar un nuevo nivel de conciencia, el *transpersonal*, que viene a modificar radicalmente nuestra percepción de lo real.

Desde ese nuevo horizonte, las personas religiosas sienten la necesidad de plantearse: ¿quién es Dios?, ¿qué es la salvación?, ¿qué es ser creyente? Y descubren que no es ajustado volver a las respuestas “tradicionales”, ni es suficiente revestirlas de un carácter “secular” o postmoderno. Porque todas esas respuestas –como las propias preguntas–, antiguas o modernas, nacieron en un estado de conciencia que es, justamente, el que se está modificando. ¿Podemos seguir aferrados a él sólo por miedo o por inercia? ¿O nos atreveremos a abrir nuestra mirada a horizontes con los que ni siquiera habíamos soñado? ¿Seguiremos con las formulaciones y las respuestas de siempre –en las que habíamos puesto nuestra seguridad– o seremos capaces de correr el riesgo de la libertad, a la vez, humilde y osada?

Creo que nos encontramos ante un gran *desafío*, que nos exige apertura para cuestionarnos las respuestas recibidas. ¿Y si las cosas no fueran como nos hemos acostumbrado a verlas? ¿No hay nuevos datos, provenientes de los ámbitos más diversos del conocimiento, que nos impulsan hacia perspectivas insospechadas? ¿Estamos dispuestos a aprender o seguiremos encerrados –aunque la justifiquemos y maquillemos– en una (inconsciente) soberbia que no se deja cuestionar?

Éste es el marco en que se mueve el libro que tienes en tus manos. Y ése es su objetivo más amplio: señalar *claves* que nos ayuden a entender el *cambio religioso* en el que nos vemos inmersos, y que va mucho más allá de los síntomas a los que aludía en el inicio de esta misma introducción. Resulta cada vez más frecuente escuchar a personas que dicen: *Sé lo que no es, pero no veo por dónde tiene que ser*. Inmersos en un cambio de grandes proporciones, sabemos con certeza *lo que no puede ser*, lo que era sólo *una forma* históri-

camente condicionada y, por eso mismo, hoy ya superada; pero nos cuesta otear por dónde tiene que ser, y avanzar en esa dirección. Lo que ofrezco aquí es un intento humilde de esbozar las –en mi opinión y experiencia– *claves* más importantes para *comprender dónde nos encontramos* e intuir *hacia dónde nos dirigimos*, en el estado actual de la evolución de la conciencia.

Por lo que se refiere a los creyentes, quiere ayudarles a avanzar en la *clarificación de la experiencia de fe*, en esta nueva situación. Y todo eso desde una motivación: la *fidelidad a la verdad de lo que nos es posible captar*. Ello comporta un riesgo: equivocarnos en la lectura de lo que percibimos. Pero ése es el modo de ir avanzando hacia la verdad: la búsqueda compartida. Y, cuando *realmente* se cree en la fuerza de la Verdad, no son necesarias “condenas” o “*notificaciones*”; compartiendo, contrastando, corrigiéndonos mutuamente, la verdad seguirá abriéndose camino. Por otro lado, estoy convencido de que ese riesgo no puede estancarnos en las respuestas “ya conocidas”, porque en ese caso el peligro es mucho mayor, el de renunciar a la búsqueda de la verdad por la seguridad cómoda de lo ya aprendido. Necesitamos la audacia y la creatividad del Espíritu para pasar del autocomplaciente y paralizante “*siempre ha sido así*” –con el que se tiende a acallar cualquier discrepancia que ponga en tela de juicio las propias formulaciones–, a la pregunta honesta y arriesgada, lúcida y humilde, por el *cómo plantear hoy ajustadamente*, en nuestras propias categorías, la verdad que hemos recibido.

La religiosa benedictina Joan Chittister ha escrito que “*es posible pasar por la vida superficialmente, no cuestionando nada y llamando a esto «fe»*”. Sin embargo, “*la vida espiritual comienza cuando descubrimos que sólo nos hacemos adultos, espiritualmente hablando, cuando, más allá de las respuestas, más allá del miedo a la incertidumbre, vamos hacia ese gran y omniabarcante misterio de vida que es Dios*”¹.

1. J. CHITTISTER, *Ser mujer en la Iglesia. Memorias espirituales*, Sal Terrae, Santander 2006. No comprendo por qué la edición española ha decidido este título que no se corresponde con el contenido. El original es: *Called to Question*.

Es innegable que no pocas personas se han visto llevadas a rechazar a “Dios” porque, en su peripecia vital, había quedado asociado a sufrimiento o humillación. Pero no lo es menos el hecho de que muchas mentes lúcidas lo han rechazado porque no podían aceptar una *objetivación* de Dios que lo convertía en un Ser separado, consecuencia de la proyección humana.

Así pues, en los comienzos del siglo XXI, hemos de preguntarnos una vez más: ¿qué Dios?, ¿qué salvación?, ¿qué iglesia?, ¿qué creyente?... Pero, esta vez, la respuesta no podrá limitarse a una mera “actualización” de los contenidos de siempre, porque la pregunta se sitúa en un nivel diferente y, por ello, nuestros anteriores parámetros de referencia nos sirven de muy poco.

Vuelvo a temas que ocupan mi mente y mi corazón, que ya he abordado en otras ocasiones², pero que considero importante retomar para explicitar ordenadamente los presupuestos y para extraer las consecuencias que afectan directamente a la cuestión religiosa. Abrigo la esperanza de que estas páginas interroguen, despierten, promuevan la búsqueda, ayuden a crecer en *lucidez* de lo que vivimos y, de ese modo, *estimulen a caminar* en la dirección adecuada.

La estructura del libro es muy sencilla. Si lo que ha cambiado es la misma pregunta, había que empezar cuestionándose el *porqué* y el *cómo* de ese cambio. Y eso remite a la *conciencia* y a su modo de percibir en el momento actual. Es decir, no podremos entender las respuestas ni las preguntas, si previamente no nos clarificamos sobre el “sujeto” que se las hace. Era imprescindible, por tanto, partir de la conciencia –que, como decía más arriba, no es una realidad estática ni inmóvil, dada de una vez por todas, sino sujeta también a evolución– y tratar de comprender cómo se ha llegado al estadio en que se encuentra. Es precisamente la *transformación de la conciencia* la que hace que se modifique nuestra percepción de la realidad.

2. E. MARTÍNEZ LOZANO, *¿Dios hoy? Creyentes y no creyentes ante un nuevo paradigma*, Narcea, Madrid ²2007; y *Vivir lo que somos. Cuatro actitudes y un camino*, Desclée De Brouwer, Bilbao ³2007. El lector interesado podrá encontrar en ellos ampliaciones y desarrollos que aquí se dan por supuestos.

Había que entender su evolución, a través de los diferentes *niveles* por los que ha atravesado, así como el modo en que ha cristalizado en los *paradigmas* concretos más cercanos a nosotros. Captar la *condición evolutiva de la conciencia* y ser conscientes de que siempre estamos en *un paradigma* concreto, dentro de *un determinado nivel*, son condiciones indispensables para empezar a entender lo que *vivimos* y lo que *creemos*. Soy consciente de que la lectura de este primer capítulo puede resultar ardua, debido a la novedad de la temática que en él se trata. Pero es imprescindible para comprender en profundidad lo que se abordará en los capítulos siguientes. Por otro lado, aunque todavía resulte muy nuevo, parece obvio que el futuro apunta en esa dirección. En todo caso, lo que pretende, del modo más sencillo, el primer capítulo no es otra cosa que analizar *la evolución de la conciencia: estadios y paradigmas*.

Clarificado ese presupuesto, estamos más capacitados para preguntarnos, en un segundo capítulo: *¿Qué Dios?* Con limpieza y honestidad, con rigor y desapropiación, lúcidos con respecto a las trampas que acechan y humildes frente a los límites de nuestra mente, entraremos en un camino percibido como “oscuro”, pero el único que, paradójicamente, liberándonos de dogmatismos arrogantes y de enfrentamientos (religiosos) estériles, puede conducirnos a la luminosidad de *Lo Que Es*.

Hablar de Dios es hablar de salvación. De hecho, todas las religiones –e incluso las llamadas pseudorreligiones seculares– se presentan como “ofertas de salvación”. “Salvación” es lo que, en realidad, va buscando todo ser humano, y “salvación” es lo que viene a ofrecer cualquier religión. *¿Qué salvación?* es la cuestión que se abordará en el tercer capítulo. Porque si el *modo* de “decir Dios” se revela deudor del estadio de conciencia y del paradigma en el que el sujeto se encuentra, exactamente lo mismo ocurre con el tema de la salvación. Lo cual –téngase muy presente en todo momento de la lectura de este libro– no significa decir que “Dios” y la “salvación” sean una creación de la mente humana, sino únicamente constatar que *nuestros modos de decirlos* están inevitablemente condiciona-

dos por nuestro nivel de conciencia y nuestro marco cultural. Eso explica que, al decir “Dios” o “salvación”, estemos siempre hablando más *de nosotros mismos* que de Dios y de la salvación. Tenía razón Anaïs Nin, al decir que “*no vemos las cosas como son; vemos las cosas como somos*”.

Un cambio cultural de la magnitud del que estamos viviendo ha de afectar, forzosa y profundamente, al modo de entender la salvación cristiana, haciendo añicos el “esquema clásico”, aprendido por generaciones en el catecismo y que configuró todo un imaginario colectivo del que aún nos cuesta tomar distancia. ¿Cómo se llegó a aquel esquema? ¿Cómo se percibe desde hoy? ¿De qué modo afecta nuestra nueva conciencia a la comprensión cristiana de ese misterio? En definitiva..., ¿*qué salvación?*

El cambio en el modo de decir “Dios” y de entender la “salvación” han de afectar inevitablemente a nuestra propia autocomprensión como creyentes en el seno de la Iglesia. Por eso, aunque sea sólo a modo de apunte, he querido, en un *Epílogo*, abrir esa cuestión: ¿*Qué Iglesia y qué creyente?*, apuntando apenas las que considero prioridades básicas.

Y el libro termina con un *Anexo* –¿*Qué yo?*–, que recoge varias *modalidades de la práctica meditativa*, desde el convencimiento de que es esa práctica la que nos va capacitando para abrirnos a experimentar nuestra identidad más profunda; la que nos va a permitir responder a la pregunta más radical: ¿quién soy yo? o, mejor aún, ¿*qué es finalmente el “yo”?* Precisamente porque soy bien consciente de que *sólo se puede comprender la nueva conciencia transpersonal* –la dimensión no-dual de la realidad– *cuando se ha experimentado*, dedico a esa práctica una extensión considerable.

Como decía más arriba, me mueve la búsqueda de coherencia y de fidelidad. Si “Dios” y “salvación” pudieron decirse con las categorías propias de un estadio de conciencia mítico, es claro que pueden decirse también con las categorías propias de un incipiente estadio de conciencia transpersonal. Estoy convencido de que el Espíritu,

que “atraviesa” todos los estadios, como “alma” del mismo proceso evolutivo, nos orienta hacia horizontes insospechados, donde Dios y la salvación serán una realidad. Me he expresado mal. Nos orienta hacia horizontes insospechados en los que despertar y descubrir, caer en la cuenta de que Dios y la salvación son *ya –y siempre lo han sido–* una realidad, la Realidad luminosa de *Lo Que Es*.

Por lo que se refiere al *método*, he optado por la forma de *diálogo*: me parece que, permitiendo volver en espiral sobre los mismos temas, se facilita la comprensión de un texto que avanza progresivamente en profundidad, y se favorece la claridad de la exposición en una cuestión que, por novedosa, puede resultar de no fácil comprensión, en un primer acceso. En aras de esa misma claridad y movido por un interés pedagógico, he mantenido conscientemente repeticiones e insistencias, por las que desde ya pido perdón al lector que las encuentre reiterativas.

Quiero terminar agradeciendo a todas aquellas personas que, en parte o en su totalidad, leyeron el original: han sido muchas, especialistas en los diversos campos, a quienes pedí su opinión, su crítica y sus reacciones. Todas esas aportaciones me dieron luces, me hicieron reflexionar y volver una y otra vez sobre lo escrito, de modo que terminaron, ciertamente, enriqueciendo el texto. A todas ellas, mi gratitud cordial.

1

La evolución de la conciencia: estadios y paradigmas

“La intolerancia es la angustia de no tener razón”.

(A. Sajarov)

“Una vez que tenemos los ojos abiertos, podemos pasar a ver el mundo desde otra perspectiva aún más nueva, pero somos ya incapaces de volver a verlo desde la antigua”.

(K. Wilber)

Pre-supuestos, paradigmas y búsqueda de la verdad

Pregunta: He estado pensando sobre el punto de partida más adecuado para nuestro diálogo. ¿Por dónde te parece que podríamos empezar?

Respuesta. Indudablemente, por nuestro propio marco sociocultural y por el modo como hemos llegado a él.

¿Te parece que eso es decisivo?

Sí, porque todo nuestro pensamiento es *situado*, lo cual significa que es deudor del marco donde se produce. Es obvio que no hablaría del mismo modo sobre Dios una persona del siglo X, pongamos por caso, para no irnos demasiado lejos, que uno de nosotros. Cuanto más conscientes seamos de nuestro propio marco, más ganaremos en libertad y, por tanto, en garantía de verdad. Porque lo que más nos condiciona es todo aquello que no hacemos consciente, lo que damos por supuesto sin haberlo sometido a crítica. La razón es clara: a todos nuestros *pre-supuestos* no criticados les atribuimos,

sin darnos cuenta, un carácter de verdad incuestionable. Dicho de otro modo: todo presupuesto no cuestionado –que, en realidad es un *pre-juicio* o, en el mejor de los casos, una mera *hipótesis*– se convierte inexorablemente en *creencia* dogmática. Y eso falseará inevitablemente nuestra búsqueda.

¿Podrías poner un ejemplo?

Los puede descubrir uno mismo, preguntándose por todo aquello que, en la percepción de la vida y del mundo, da por supuesto. Pero vengamos a algún ejemplo que tenga que ver con nuestro tema. Mientras alguien dé por válida, sin haberla puesto en cuestión, la visión (religiosa) del mundo recibida en su infancia, está otorgando de hecho a esa visión un carácter prácticamente sagrado, que la convertirá en “definitiva”. O, en el otro caso, cuando se parte de una visión materialista de la realidad y *se la da por supuesta*, se convierte en un a priori, un *pre-juicio*, en el sentido literal del término –*juicio previo*–, que hará difícil tanto el diálogo abierto como la búsqueda honesta de la verdad. Pero, ¿y si las cosas no fueran como nos las han enseñado?, ¿y si las respuestas no fueran las que hemos aprendido?, ¿y si la realidad no fuera como la pensamos?!

Observa que lo decisivo no es el hecho de que funcionemos con pre-supuestos, sino que no tomemos *distancia* de ellos. Tales presupuestos son inevitables. Lo realmente decisivo es la lucidez y la humildad para detectarlos y someterlos a crítica y, de ese modo, evitar que se conviertan en creencias inamovibles.

¿A qué se debe que sean inevitables?

A un hecho igualmente simple. Los humanos no nacemos en el vacío. Nacemos en un marco determinado, que es tanto geográfico como cultural. Del mismo modo que no podemos estar *fuera* de un espacio físico, tampoco podemos estar *nunca* fuera de un determinado espacio cultural que nos sirve de referencia.

Y éste es el punto crucial: tal marco es *previo* a uno mismo. Nadie lo elige. Más aún, configura el mismo modo de pensar, ya que, de entrada, como no puede ser de otra manera, le atribuiremos una

validez absoluta e incuestionable. No en vano, ese marco nos proporciona nuestras primeras seguridades y referencias, lo cual lo convierte en “sagrado”. Y, por eso, no se nos ocurre cuestionarlo, ya que, para un niño, “lo que es” se identifica y confunde con “lo que debe ser”.

Pero, ¿qué es exactamente ese “marco”?

Un marco de comprensión es toda una constelación de valores, creencias, costumbres, usos y técnicas, que configuran el “espacio” en el que nos movemos y desde el que nos aproximamos a la realidad. A eso se le llama “paradigma”. Un paradigma es una especie de teoría general de un alcance tal que puede abarcar la mayor parte de los fenómenos conocidos en su campo o proporcionar un contexto para ellos. Es, si me entiendes bien, como el “filtro” a través del cual tratamos de comprender la realidad; las “gafas” con las que la vemos. Pero –esto es importante– todos nacemos con un filtro; más aún, nunca podremos ir por el mundo sin un filtro determinado. Por eso te decía antes que lo grave no está en el hecho de que tengamos presupuestos –todos los tenemos, necesariamente–, sino en no reconocerlos ni someterlos a crítica, desde la sutil arrogancia de considerar los nuestros como algo universal.

Al no hacerlo, tomamos el paradigma –el marco, nuestros presupuestos– como si fuesen un calco de lo real. Y, de ese modo, confundimos la carta con el menú, el mapa con el territorio, las gafas con la vista, el filtro con la realidad. Y el camino hacia la verdad se vuelve tremendamente problemático. Con otras palabras, el marco, al quedar oculto o implícito, adquiere un poder tremendo sobre sus partidarios. De un modo inadvertido, han confundido un paradigma determinado con *la* verdad. El diálogo se habrá vuelto imposible..., y la intransigencia –incluso el fanatismo– inevitable.

Es un riesgo siempre presente, ¿no?

Sí, con el añadido de que, frecuentemente, opera de manera inconsciente. Veámoslo de otro modo. Un marco o paradigma es un modelo del que nos servimos para acercarnos a la realidad, ya que no podemos hacerlo de otra manera. Nunca podemos estar

libres de un modelo, del mismo modo que no podemos estar libres de pre-supuestos. Son inevitables, porque nunca partimos de una mente “en blanco”. Decir “mente” es decir ya “mente configurada” por todo un modo de ver y de comprender, es decir, por un modelo previo.

Los modelos son representaciones simbólicas que describen los principales rasgos o dimensiones de los fenómenos que representan. Como tales, son sumamente útiles para descomponer fenómenos complejos en representaciones más simples y más fácilmente comprensibles.

Sin embargo, por los modelos se paga un cierto precio. Especialmente cuando son implícitos, se dan por supuestos o se aceptan sin cuestionarlos, llegan a funcionar como organizadores de la experiencia que modifican la percepción. El modelo nos hace ver *lo que él permite ver*, de modo que terminamos viendo lo que “queremos” o “podemos” ver. En este sentido, cabe afirmar que ellos mismos se autovalidan: todo lo que percibimos viene a decirnos que nuestros modelos y creencias son correctos. O, como dice W. Jäger, “*quien cree una cosa determinada, siempre ve la realidad de una forma coherente con su creencia*”. Y el mayor peligro de este efecto reside, como te decía, en el hecho de que el proceso opera principalmente a nivel inconsciente. O lo que es lo mismo, al confundir su propio modelo con la realidad, el sujeto, aunque *de buena fe*, está actuando desde la confusión.

Eso significa, si te entiendo bien, que la única salida pasa por la lucidez.

Así es. Nunca podremos sustraernos a un paradigma. La posibilidad que nos queda es reconocerlo *como tal*, sin tomarlo de entrada como si fuera expresión exacta de *la verdad*. Para ello, necesitaremos verlo “a distancia”, sabiendo que es únicamente un “filtro”, y hacer luz sobre sus componentes. Y todo ese trabajo requerirá dosis grandes de *humildad* y de *humor*. Dos cualidades que van siempre unidas a la lucidez y, en último término, a la verdad.